



CONCEPTOS
Y FENÓMENOS
FUNDAMENTALES
DE NUESTRO
TIEMPO

UNAM

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES

HISTORIA Y MEMORIA COLECTIVA

ARÓN COHEN

Mayo 2012

HISTORIA Y MEMORIA COLECTIVA

Por Arón Cohen

En *La Question* (1958), su extraordinario testimonio sobre la tortura en la Argelia colonial, Henri Alleg recuerda el comentario jocosos de uno de los verdugos, «especialistas» del cuerpo de paracaidistas de Francia, exasperados por su resistencia: «Lo que quiere es ser un “héroe”, que le dediquen una plaquita en una pared dentro de unos cientos de años»¹. En la celda 72 de la prisión civil de Argel, cuatro meses después de la terrible experiencia afrontada, el autor cierra su relato explicando el sufrimiento de escribir sobre unos recuerdos «demasiado frescos en [su] memoria (...). Pero era necesario que dijera todo lo que sé. Se lo debo a Audin “desaparecido”, a todos los que son humillados y torturados y que continúan luchando con valor. Se lo debo a todos aquellos que mueren cada día por la libertad de su país»².

Este caso encierra (o sugiere) distintas vertientes de la problemática que plantea el *testimonio al análisis histórico*. Concretamente, y sin que la enumeración prejuzgue un orden de importancia: 1) La cuestión de las relaciones entre la memoria *personal* del testigo y sus *marcos sociales*; testimonio directo de una experiencia vivida, memoria *individual*, pero, a la vez, *socialmente* (históricamente) condicionada (¡y de qué modo!). 2) El problema de los *tiempos* de la memoria: testimonio cercano, con toda su «frescura» (como el de Marc Bloch en *L'étrange défaite*, entre julio y septiembre de 1940, o el de *Se questo è un uomo*, al que un Primo Levi recién rescatado de Auschwitz dio forma en «algunos meses», entre diciembre de 1945 y enero de 1947). La urgencia del militante *actúa* contra la impunidad que sus torturadores quisieran (no siempre ajenos a su propia exageración) garantizarse durante «unos cientos de años»: fuerzas de la aceleración histórica contra fuerzas de freno. 3) En este sentido, las implicaciones entre memorias (en plural) y conflicto, aquí concretamente entre la *transmisión* de un testimonio de denuncia de una manifestación del colonialismo y la *dinámica de transformaciones sociales* por la que trabaja: testimonio *por la liberación* de un país. 4) Las dos caras que, según las circunstancias del lugar y el momento, pueden oponerse o conjugarse en una huella *conmemorativa*: por una parte, el reconocimiento público y la incorporación a una memoria *colectiva* duradera; por otra (y de ahí la sorna del torturador de Alleg), el ritual rutinario, muy distanciado (en el tiempo y en el fondo) del objeto de su evocación, pese al marchamo de «glorioso» que eventualmente se le

¹ Edición de 2005, pág. 72, París, Les Éditions de Minuit.

² *Ibid.*, pág. 110 (traducido por mí del original).

impusiera. *Lo cierto* es que el impacto en muchas conciencias que supuso la publicación de *La Question* en Francia fue *inmediato* y formidable, y se hizo aún más fuerte tras su prohibición y secuestro, apenas mes y medio después de su primera salida de imprenta. En ese breve tiempo había llegado a su séptima reedición y vendido 70.000 ejemplares. La eficacia política del testimonio de Alleg es un hecho probado. Esta es la clase de «lecciones» que pretenden ignorar y hacer olvidar los ingenieros de Guantánamo, Bagram, Abu Ghraib..., jalones actuales de una toponimia que sigue evocando, por desgracia, estos efectos de un sistema basado en la dominación y el sometimiento.

Sólo para dar algo de orden al desarrollo de la exposición, abordo a continuación separadamente –y, huelga decirlo, sin la menor pretensión de exhaustividad– aspectos generales de la problemática que, en lo que atañe a los *conceptos*, suscita el enunciado de este pequeño ensayo, ilustrándolos a partir de algunos *casos*. En gran medida, no son más que distintos ejes de un acercamiento a ella. Los solapamientos serán inevitables.

1. Acerca de «historia» (conocimiento y materia) y «memoria» (individual y colectiva)

«Historia» y «memoria» no son conceptos equivalentes. Las relaciones entre ambas son indudablemente estrechas, pero distan de ser simples. Pierre Vilar iniciaba el curso de vocabulario que impartía en la Sorbona a los aprendices de historiador de los primeros años setenta con unas reflexiones sobre el doble contenido del término «historia»: designa a la vez el *conocimiento* de un cierto objeto o materia y la *materia* de este conocimiento³. Marc Bloch había señalado esta dificultad en su *Apologie pour l'histoire*: «La historia recibe la mayor parte de su vocabulario de la materia misma de su estudio»⁴.

Para muchos, la materia de la historia es cualquier cosa pasada; otros afinan más y la concretan en los hechos «destacados», conservados por la «tradición», el «recuerdo colectivo», los relatos oficiales, los documentos, los monumentos..., lo que implica una *elección* que no es neutra (moral, social y políticamente) y que casi siempre ha privilegiado esencialmente el ámbito de las *decisiones políticas*. Para otros, en fin, es el conjunto de los *mecanismos de la sociedad*. Correlativamente, mientras para unos la

³ La traducción al español del curso multcopiado (incluyendo la reedición de un texto ulterior como capítulo final) dio lugar al libro: Pierre Vilar, *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*, Barcelona, Crítica, 1980; los fragmentos reproducidos proceden de las páginas 17 a 27.

⁴ Marc Bloch, *Apologie pour l'histoire ou métier d'historien*, en *L'Histoire, la Guerre, la Résistance*, edición al cuidado de Annette Becker y Étienne Bloch, París, Quarto Gallimard, 2006, págs. 843-985, cita de la pág. 959 [1ª ed. 1949, preparada por Lucien Febvre. La de 2006 se basa en la edición crítica del propio Étienne Bloch publicada por Armand Colin en 1993, con prefacio de Jacques Le Goff; trad. esp., México, Fondo de Cultura Económica, con presentación de Carlos A. Aguirre Rojas].

historia-conocimiento es la explicación del hecho por el hecho («revivir el pasado», a base de «documentos y nuestra experiencia», como decía Raymond Aron), para otros es la explicación del mayor número posible de hechos mediante el estudio de las interacciones entre los hechos de todo tipo: un estudio que se hace científico, «en la medida –dice Vilar– en que descubre *procedimientos de análisis originales* adecuados a esta materia particular». Hacia ese objetivo *total* apunta una «historia *razonada*» –según la expresión de Schumpeter–, historia-problema, «historia en construcción»⁵: un modo de análisis que, algunos años más tarde, Vilar resumiría en la expresión «pensar históricamente»⁶.

La memoria, a su vez, tampoco es puro registro sino *reconstrucción*. Facultad psíquica de cada uno de nosotros, actúa, como señalara el sociólogo Maurice Halbwachs, apoyándose en «marcos» de referencias sociales, unos generales (espacio, tiempo, lenguaje) y otros específicos (como el familiar, el religioso y el de clase, por ejemplo) que le dan una dimensión colectiva. Por ello, «cualquier recuerdo, por muy personal que sea», no deja de ser social. A Halbwachs se debe la expresión «memoria colectiva» (1925)⁷. La unidad *espiritual* de todo grupo social se sostiene al mismo tiempo en tradiciones y en «ideas o convenciones que resultan del conocimiento del presente»: su «memoria colectiva» reconstruye el pasado a partir de la representación dominante de los intereses actuales del grupo.

Persuadido de la riqueza del libro de Halbwachs y constante defensor del diálogo entre disciplinas como única vía de progreso para las ciencias humanas, Marc Bloch –su colega de claustro en la Universidad de Estrasburgo–, le consagró de inmediato una importante recensión, elogiosa y crítica. No le planteaba objeciones hablar de «memoria colectiva», como tampoco de «representaciones» o de «conciencia» colectivas; siempre

⁵ Pierre Vilar, «Histoire marxiste, histoire en construction. Essai de dialogue avec Althusser», *Annales. Économies. Sociétés. Civilisations*, 28 (1), enero-febrero de 1973, págs. 165-198 [trad. esp. en Pierre Vilar, *Economía, derecho, historia. Conceptos y realidades*, Barcelona, Ariel, 1983, págs. 174-228]. La misma fórmula dio título a la recopilación de trabajos del historiador reunida en su libro *Une histoire en construction. Approche marxiste et problématiques conjoncturelles*, París, Hautes Études-Gallimard Le Seuil, 1982.

⁶ Título de la conferencia que pronunció en Ávila, en la clausura de los cursos de verano de la Fundación Sánchez-Albornoz, el 30 de julio de 1987. Hay traducción al español del texto en Pierre Vilar, *Pensar la historia*, México, Instituto Mora, 1992, págs. 20-52. También en Pierre Vilar, *Memoria, historia e historiadores*, Granada-Valencia, Editorial Universidad de Granada-Publicacions Universitat de València, 2004, págs. 67-122. Esta última (realizada por el autor de estas páginas) puede consultarse igualmente en la web del *Atelier Pierre Vilar*, en el enlace:

http://atelierpierrethilar.net/assets/files/PVILAR_conferencia_pensar_historicamente.pdf

Vilar volvió a utilizar el mismo título para su libro: *Pensar históricamente. Reflexiones y recuerdos*, edición preparada y anotada por Rosa Congost, Barcelona, Crítica, 1997 [editado en catalán en 1995].

⁷ Maurice Halbwachs, *Los marcos sociales de la memoria*, Barcelona, Anthropos, 2004 [*Les cadres sociaux de la mémoire*, 1925, París, reed. Albin Michel, 1994].

y cuando, añadía, no se pongan las mismas realidades bajo las denominaciones «memoria colectiva» y «memoria individual»: para Bloch era crucial ahondar mucho más en el problema de la *transmisión* de los recuerdos colectivos entre las generaciones, según el grupo considerado. Por otra parte, al historiador no le faltaban ejemplos de «falsos recuerdos» muy comúnmente no tenidos por tales, entre ellos los relacionados con significados *actualmente* atribuidos a determinados ritos religiosos. El gran mérito de la obra de Halbwachs, concluía Bloch, es que «nos obliga a reflexionar sobre las condiciones mismas del desarrollo histórico de la humanidad: pues, ¿qué sería de este desarrollo sin la “memoria colectiva”?»⁸

De los trabajos ulteriores de Halbwachs resultará el libro *La mémoire collective*, editado después de su muerte en el campo de Buchenwald en marzo de 1945. Las *pertenencias* de los individuos no son únicas, como tampoco las memorias colectivas de distinto tipo con las que se relacionan. En «La memoria colectiva de los músicos» (1939)⁹, se pone de manifiesto la capacidad de opción o «liberación» y de «alcanzar la universalidad», jugando con la pluralidad de memorias colectivas a las que nos vinculamos¹⁰.

El historiador participa (con desigual fortuna) en la construcción de la memoria *social* y en su transmisión. Por oficio, está acostumbrado a tratar con el testimonio y el recuerdo. Y a ejercerlo: «Un historiador –escribió Marc Bloch en 1940– no se aburre fácilmente: siempre puede recordar, observar, escribir»¹¹. Sabemos en qué trágicas circunstancias Bloch no dejó de imponerse este hábito. ¡Y el rigor excepcional del esfuerzo de *reflexión histórica* que alumbró! Porque, aunque la «autenticidad» y el «sabor humano» del testimonio directo –«si los ojos son buenos»– sean inigualables, de un lado, «nadie podría pretender haberlo contemplado o conocido todo. Que cada cual diga francamente lo que tenga que decir; la verdad nacerá de estas *sinceridades convergentes*»¹². Y, de otro lado, de lo que se trata, sobre todo, desde la perspectiva de

⁸ Marc Bloch, «Mémoire collective, tradition et coutume. À propos d'un livre récent», *Revue de synthèse*, XL, diciembre 1925, págs. 73-83 [reeditado en la recopilación al cuidado de A. Becker y É. Bloch, *op. cit.*, págs. 335-346].

⁹ «La mémoire collective chez les musiciens», en Maurice Halbwachs, *La mémoire collective*, edición crítica de Gérard Namer, París, Albin Michel, 1997, págs. 19-50 [1ª ed. 1950; trad. esp., Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 2004].

¹⁰ Gérard Namer, «Les cadres sociaux de la mémoire», *Sciences Humaines*, 43, octubre de 1994; reed. en Jean-Claude Ruano-Borbalan (coord.), *L'histoire aujourd'hui*, Auxerre, Éditions Sciences Humaines, 1999, págs. 349-351.

¹¹ Marc Bloch, *L'étrange défaite. Témoignage écrit en 1940*, París, Gallimard, 1990, pág. 36 [1ª ed. 1946; reed. en A. Becker y É. Bloch (eds.), *op. cit.*, págs. 519-653; trad. esp., Barcelona, Crítica, 2003].

¹² *Ibid.*, pág. 54 (el subrayado es mío).

análisis que es la de la historia (conocimiento) a la que tan decisivamente contribuyó y por la que abogó Bloch, es de poder *comprender*. Los testimonios, como todos los documentos (de accesibilidad muy variable y diferida en el tiempo), tienen fechas y deben ser *pensados históricamente*. La historia (materia) también «está hecha de lo que algunos querrían olvidar y de lo que otros no pueden olvidar»¹³. Sin descuidar el papel de los *inconscientes colectivos*, y no ciñéndonos exclusivamente a las conciencias: algo sobre lo que Pierre Vilar llamaba insistentemente la atención.

En su *Iniciación al vocabulario...*, uno de los ejemplos a los que acudía Vilar para ilustrar la ambivalencia del término «historia» eran las palabras pronunciadas por Fidel Castro en su célebre alegato del 16 de octubre de 1953 ante el tribunal que le juzgaba por el intento de asalto al cuartel Moncada: *La historia me absolverá*. ¿Apelación «clásica» a una historia *juzgadora* de hechos políticos? ¿Invocación *moral* a un «recuerdo colectivo» que el revolucionario pronosticaba favorable? El *hecho cierto* es el triunfo de la revolución en Cuba pocos años después, que abre la puerta a otro significado de la frase: «la posibilidad de *una previsión inteligente de los hechos a partir de un análisis correcto de sus factores*. La “historia” invocada no es ya entonces la historiografía escrita que “juzga” moralmente un acto (...), sino la *historia-materia* (...) que, con su dinámica propia, “zanja” un debate a la vez teórico y práctico, dando la razón, con los hechos, a quien ha sido capaz del mejor análisis»¹⁴ (los subrayados son de Pierre Vilar). Porque una *historia razonada* se esfuerza en «*comprender* el pasado para *conocer* el presente»: tal es su servicio a una «previsión inteligente».

En realidad, el juicio moral del «recuerdo colectivo» corre el riesgo de ser sólo el de la historiografía dominante, la cual es muy sensible, a su vez, a *modas* y otras coyunturas. Como muy expresivamente escribió el historiador palestino Walid Khalidi, «a los vencedores corresponde tanto el botín como la versión de los hechos»¹⁵. En los pasados años 90, en medio de una coyuntura política e *intelectual* marcada por la desaparición de la Unión Soviética y la euforia *ultraliberal*, no era ningún secreto para Fidel que esa «historia» impulsada por sus enemigos propugnaba su «condena». De momento, éstos están encontrando mayores dificultades de las que al parecer esperaban: la evolución del mundo desde entonces, y muy especialmente la de América Latina, no

¹³ Pierre Vilar, *Clôture*, en Jean Sagnes y Sylvie Caucanas (eds.), *Actas del coloquio Les français et la guerre d'Espagne*, Perpignan, 28-30 de septiembre de 1989, Centre de Recherches sur les problèmes de la frontière, Université de Perpignan, 1990.

¹⁴ Pierre Vilar, *Iniciación...*, *op. cit.*, págs. 18-20.

¹⁵ Walid Khalidi (ed.), *All That Remains: The Palestinian Villages Occupied and Depopulated by Israel in 1948*, Washington, Institute for Palestine Studies, 1992, pág. 169.

se ha conformado exactamente a esa dirección. Hoy día (abril de 2009), es una constatación banal resaltar la profundidad de las transformaciones a las que, a partir de 1998, viene abriendo paso el proceso revolucionario venezolano y su repercusión continental. ¿Muchos lo previeron?

Un breve recordatorio aporta elementos interesantes para seguir ilustrando la diversidad de significados del vocablo «historia». A última hora del 13 de diciembre de 1994, un Hugo Chávez salido apenas ocho meses antes de la cárcel venezolana de Yare y en frenético esfuerzo de organización de su Movimiento Bolivariano Revolucionario, llegaba, en un vuelo comercial, al aeropuerto de La Habana, respondiendo a una invitación del Historiador de la Ciudad para impartir una conferencia. Para su sorpresa (evocada una década después por el, desde hacía seis años, presidente venezolano¹⁶), Fidel Castro está esperándole al pie de la escalinata del avión. En día y medio escaso de estancia, se sucederán casi sin descanso reuniones y actos. La intervención de Fidel en el acto de homenaje tributado el día siguiente (14 de diciembre de 1994, es importante recalcarlo) al Teniente Coronel (r) Chávez en la Universidad de La Habana sigue haciendo pensar en historia y en memorias colectivas. *Historia* de intervenciones exteriores, de dependencia, explotación y miseria a lo largo y ancho de América Latina, pero también de conquistas sociales y de resistencias de la revolución cubana. Flexibilidad para acumular *memorias* y hacerlas converger hacia las profundas transformaciones necesarias en el continente:

Cada cual lo llamará de una forma o de otra. Nosotros es bien sabido que lo llamamos socialismo; pero si me dicen: “Eso es bolivarismo”, diría: “Estoy totalmente de acuerdo”. Si me dicen: “Eso se llama martianismo”, diría: “Estoy totalmente de acuerdo”. Pero algo más, si me dicen: “Eso se llama cristianismo”, yo diría: “¡Estoy totalmente de acuerdo!”¹⁷

Pero también importancia de la *transmisión* entre «las generaciones [revolucionarias que] se suceden (...). Y, *¡en qué momento!*¹⁸». Y lo más destacable de todo: 1) La rapidez para captar la potencialidad del proyecto encarnado por los militares rebeldes venezolanos del 4 de febrero de 1992, «después de los primeros días de confusión y

¹⁶ Entrevistas y transcripción de las intervenciones en los actos públicos en el libro de los periodistas cubanos Rosa Miriam Elizalde y Luis Báez: *El encuentro*, La Habana, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, 2005.

¹⁷ *Ibid.* pág. 140.

¹⁸ *Ibid.* pág. 126 (el subrayado es mío).

desinformación»: a Fidel le «recordaba [su] propia historia (...) después del Moncada, *en circunstancias, desde luego, diferentes...*»¹⁹. 2) Otra *certidumbre*: la conquista del poder en Venezuela por el Movimiento Bolivariano apenas cuatro años después, y el inicio de una profunda revolución en este país y de un periodo de importantes cambios extendiéndose por el continente. Como, al conmemorar ese primer *encuentro* con Hugo Chávez diez años después, el propio Fidel dirá: «Bastante antes de lo que entonces podía pensarse»²⁰. A día de hoy, prueba por prueba, la *previsión inteligente de los hechos* no parece que fuera la de la *visión ideológica que quería dar por hecho* «el fin de la historia». Por muy poderosos que sean los recursos que la han hecho globalmente *dominante*. Parece que cierta prensa europea que no disimula su hostilidad hacia el proyecto dirigido por el presidente Chávez está empezando a entender que *Las venas abiertas...* es de verdad un buen regalo al presidente Obama.

Por esencia «ciencia del cambio», como gustaba decir Marc Bloch, la historia «puede intentar adentrarse en el futuro; creo que no es incapaz de conseguirlo. Pero sus lecciones no son que el pasado se repite, que lo que ocurrió ayer ocurrirá mañana. Examinando cómo el ayer difirió del anteayer, encuentra (...) el medio de prever en qué sentido el mañana, a su vez, se opondrá al ayer»²¹. A través de «la observación y el análisis», la historia (conocimiento) debe «descubrir las relaciones que vinculan a las variaciones espontáneas de los factores las de los fenómenos (...). De este modo alcanza las razones de las cosas y de sus cambios». Pierre Vilar no lo dirá de manera muy diferente: «*la investigación histórica es el estudio de los mecanismos que vinculan la dinámica de las estructuras –es decir, las modificaciones espontáneas de los hechos sociales de masas– a la sucesión de los acontecimientos*». Y añadía: «La conquista científica del método así definido está todavía en vías de elaboración. Pero esta misma elaboración abre la posibilidad –y es su única garantía– de una actitud racional del espíritu y, por tanto, de una práctica eficaz del hombre en sociedad»²².

Las exigencias de esta tarea son gigantescas, ¡qué duda cabe! No es casual que, en lo que me concierne, para desentrañar algunos conceptos y su actualidad, haya acudido a las enseñanzas de dos de los más grandes exponentes de la historiografía europea del siglo XX; el uno, Marc Bloch, nacido en 1886 y muerto heroicamente en 1944, el otro,

¹⁹ *Ibid.* pág. 124 (el subrayado es mío).

²⁰ *Ibid.*, p. 157, palabras pronunciadas en el «Acto de condecoración con la Orden “Carlos Manuel de Céspedes” al Presidente de la República Bolivariana de Venezuela, Hugo Rafael Chávez Frías, en el X Aniversario de su primera visita a Cuba. Teatro “Karl Marx”, el 14 de diciembre de 2004».

²¹ Marc Bloch, *L'Étrange...*, *op. cit.*, pág. 151.

²² Pierre Vilar, *Iniciación...*, *op. cit.*, pág. 47.

Pierre Vilar, nacido en 1906 y que nos dejó a avanzada edad en 2003. ¡Enseñanzas muy vigentes!²³. Partiendo de ellas intento atender al «propósito principal» del proyecto del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM al que Pablo González Casanova me hizo el honor de asociarme: «analizar las redefiniciones recientes de los conceptos y fenómenos más significativos en el *conocer-hacer* del mundo actual». Precisamente. Como ha dicho Maurice Aymard en fecha reciente (2006), «para conservar un tiempo de adelanto, había que aceptar pasar o no estar de moda»²⁴.

Pensar históricamente no es patrimonio exclusivo de historiadores, como se ha visto, aunque el trabajo de éstos debiera ayudar a educar en ese hábito de análisis.

Memorias colectivas y testimonios personales (*incluidos los orales*, objeto de toda una corriente historiográfica madurada en cuatro décadas de recorrido) constituyen parte de la materia prima del *análisis histórico*. El valor de los testimonios (y el de las *historias*) es muy variable, y el estatuto mismo de los primeros en relación con importantes problemas historiográficos ha dado pie a controversias entre historiadores. El análisis histórico, en todo caso, no es sólo memoria, aunque, por otra parte, los llamados (siguiendo a Habermas) «usos públicos de la historia» *creen* memoria. Existen memorias «celebradas», como las hay violentamente silenciadas y negadas o fehacientemente deformadas. Las tensiones políticas que se suscitan en torno a ellas tienen su propio tiempo, sus «presentes». Es en relación con éstos y con sus desafíos como la historia puede y debe pensarlas, ya se trate de ingenierías «conmemorativas» del poder o de reivindicación social contra la ocultación y la mistificación.

2. Sobre memorias de conflictos y conflictos «de memorias»

A partir de los pasados años 90, se ha venido hablando en Europa de una «era del testigo»²⁵. El movimiento así designado se inició algunos años antes y a lo largo del tiempo transcurrido hemos visto emerger o cobrar desarrollo distintos *combates* «por la memoria» (y *entre memorias*), acompañados por una densa sucesión de anuncios y decisiones que la invocan procedentes de poderes e instituciones. Los términos y el alcance de unos y de otros no son los mismos en todas partes, como tampoco las

²³ Véase Arón Cohen, Rosa Congost y Pablo F. Luna (coords.), *Pierre Vilar: una historia total, una historia en construcción*, Granada, Editorial Universidad de Granada-Publicacions Universitat de València, 2006; particularmente: Josep Fontana, «Actualidad de Pierre Vilar, actualidad del marxismo» (págs. 17-25) y Michel Vovelle, «Una historia social “total”: rigor teórico y ciencia de lo real en Pierre Vilar» (págs. 27-42).

²⁴ En su presentación del libro citado en la nota precedente, que puede consultarse en el enlace: <http://www.atelierpierrevilar.net/index.php?id=254>.

²⁵ Anette Wieviorka, *L'ère du témoin*, París, Plon, 1998.

dinámicas históricas que han conformado cada contexto, y, por lo tanto, también es muy diferente el tipo y el grado de su relación con la investigación histórica y el carácter de las reflexiones que suscitan en este campo de conocimiento. A decir verdad, no parece que estas irrupciones del «pasado» en el «presente» constituyan una característica específica de nuestro tiempo y su significación tiene más de sociológico que de histórico²⁶. Con todo, las expresiones mediáticas y la dimensión *espectacular* de algunas «políticas de memoria» acentúan el peligro de confusión entre determinados usos de la «memoria» o de la «historia» y ésta en su más pleno sentido (es decir, con las exigencias que comporta) como conocimiento, a la vez que refuerzan la complejidad de las relaciones (y de las interferencias) entre los primeros y la segunda: baste como muestra la actividad, en Francia, de un «Comité de Vigilancia frente a los Usos Públicos de la Historia», surgido por la iniciativa de un grupo de historiadores en junio de 2005, contra un proyecto de Ley que pretendía imponer la exigencia al profesorado de transmitir a sus estudiantes «el papel positivo» de la colonización. La exuberancia «conmemorativa» del actual inquilino del Elíseo ha reiterado, sin solución de continuidad, los motivos para la movilización²⁷. La pretensión de alcanzar una *memoria consensual* de grandes traumas colectivos que supusieron violentos antagonismos sociales aún *activos* en las memorias de hoy entraña un riesgo grande de acabar en un intento de neutralización meramente formal y en el *ahistoricismo*. Esta observación se aplica a acontecimientos como la guerra civil y la represión franquista en España, las guerras mundiales (muy especialmente la segunda) en otros países europeos y a tantos otros en otras partes del mundo con «expedientes de memorias» colectivas mal cerrados o apenas entreabriéndose todavía. América Latina no anda escasa de ejemplos.

Si existen situaciones en que «la historiografía es conminada a responder a las cuestiones no resueltas de la memoria social»²⁸, la exigencia que se le plantea debe entenderse sobre todo como la de desarrollar sus investigaciones, confrontando y sometiendo a análisis todas las fuentes posibles y afinando sus métodos. Y, por

²⁶ Respuestas de Pierre Vilar a una entrevista de A. Cohen, P. F. Luna y R. Congost, realizada el 5 de diciembre de 1997. Transcripción parcial en «El historiador y su memoria. Conversación con Pierre Vilar», integrada en el volumen P. Vilar, *Memoria...*, *op. cit.*, págs. 123-157.

²⁷ La iniciativa fue encabezada por los historiadores Gérard Noiriel, Michèle Riot-Sarcey y Nicolas Offenstadt: puede consultarse el sitio <http://cvuh.free.fr>, en el que está disponible el manifiesto fundacional de la asociación. En diciembre de 2005, otro grupo de conocidos historiadores franceses hizo público otro manifiesto («Liberté pour l'histoire») en el que pedían la abrogación de varias leyes promulgadas entre 1990 y 2005, por considerarlas restrictivas de la libertad de los historiadores.

²⁸ Lucette Valensi, presentación del monográfico «Présence du passé, lenteur de l'histoire: Vichy, l'occupation, les juifs», *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*, 48 (3), mayo-junio 1993, págs. 491-500, cita de la pág. 497.

supuesto, en la medida de sus capacidades (bastante limitadas), dándolas a conocer. Pero, vale repetirlo una vez más con Marc Bloch²⁹, el historiador no es ningún «juez de los Infiernos», sino que busca comprender. Independientemente de que pueda o no haber derivaciones judiciales más o menos tardías por *responsabilidades* pendientes: estas secuelas pueden ser, además de *justas*³⁰, útiles moral y políticamente, pero no aclaran «la historia»; es la historia la que debe aclararlas³¹. Indudablemente, no han sido pocos –historiadores incluidos³²– aquellos a quienes, en España, no ha pasado inadvertida la paradoja aparente que supone la actividad mostrada por la justicia española en la persecución de responsables de masivos crímenes políticos en otros países (como Chile y Argentina), en absoluto contraste con su completa ausencia (confirmada, mucho más que desmentida, por una iniciativa judicial muy reciente y enseguida apagada) respecto de los actos de esta naturaleza que, desde el golpe de julio de 1936 y en los largos años del franquismo, ocurrieron en España. La naturaleza de esta disimetría es *política*: nos remite a un pasado más reciente, que es el de *la transición* a la democracia en España después de la muerte de Franco en 1975, y a las *reglas* de este proceso. El déficit de este periodo sobre aquellos hechos no ha sido *historiográfico* sino de «memoria histórica», en su acepción de usos y discursos públicos presentes sobre el pasado y, desde la perspectiva de quienes abogan por su «recuperación», de exigencia de reparación moral, política y jurídica de las víctimas de la dictadura³³.

Las «políticas de memoria» (empezando por las de su *silencio*) chocan a veces con las aportaciones historiográficas. Por otra parte, tampoco el careo entre las elaboraciones de los historiadores y la memoria de los testigos resulta siempre sencillo, por los roces que se plantean entre dos modos diferenciados de aproximación intelectual

²⁹ *Apologie...*, en Marc Bloch. *L'Histoire...*, *op. cit.*, págs. 947-950.

³⁰ Con frecuencia sólo limitadamente: véase Henry Rousso, «Une justice impossible. L'épuration et la politique antijuive de Vichy», *Annales ESC*, 48 (3), 1993, págs. 745-770.

³¹ El comentario en estos términos es de Pierre Vilar y expresa su inquietud ante el título de un *dossier* de *Le Monde* sobre el proceso al que fue sometido el nazi Klaus Barbie en Lyon en 1987 («Procès pour l'histoire»): *Memoria, historia...*, *op. cit.* pág. 73.

³² Julio Aróstegui (ed.), *España en la memoria de tres generaciones. De la esperanza a la reparación*, Madrid, Ed. Complutense-Fundación Largo Caballero, 2007; presentación de A. Saracíbar y J. Aróstegui, pág. 14.

³³ Pedro Ruiz Torres, «Los discursos de la memoria histórica en España», *Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea*, 7, 2007, págs. 305-333. El artículo forma parte de un amplio dossier coordinado por Sergio Gálvez bajo el título de «Generaciones y memoria de la represión franquista; un balance de los movimientos por la memoria». Está repartido entre los números 6 y 7 de la revista (2006 y 2007) y puede consultarse íntegramente en línea: <http://hispanianova.rediris.es>.

al pasado³⁴. Sobre todo cuando el trabajo de los historiadores aborda acontecimientos y *problemas* cercanos o así percibidos, cuyo «recuerdo» sigue muy «vivo».

Pierre Nora, el director de una obra colectiva³⁵ señera en la historiografía de la memoria dentro y fuera de Francia, no esconde la incomodidad que le produce una presencia del recuerdo que se habría vuelto abrumadora: «vivimos en un periodo doblegado al deber de memoria, que sufre en muchos aspectos (...) la dictadura y casi el terrorismo del recuerdo». Estamos afectados por un «fetichismo sacralizador»: «todo parece promovido a la dignidad de lo memorable, aunque se ignore su significación»³⁶. Francia está «enferma de memoria», afirmaba Nora en otra entrevista más reciente³⁷, en la que establecía una «frontera» entre quienes (como él, se entiende) «se obstinan en continuar siendo historiadores de la memoria» y aquellos otros que, «incluso haciendo a veces trabajo histórico de calidad», optan por hacerse, «como historiadores, militantes de la memoria». El inciso abierto por este «incluso» no deja lugar a dudas sobre el calado de la división trazada por Nora entre unos y otros.

Al historiador, recuerda Nora, le incumbe, como a los demás ciudadanos, la memoria, pero su función específica es la de ejercer su *crítica*. Los «lugares de memoria» plantean una problemática que interesa a muchos campos de la historia y de una geografía histórica³⁸. Pero, como la memoria misma, son *selectivos*: entre los de la obra dirigida por Nora, no encontraremos Dien Bien Phu³⁹. Puede que esta ausencia concreta resulte coherente con la inclusión de «la *grandeur militaire*» (francesa) entre los «grandes temas fundadores de la Nación», que es, a su vez, uno de los ejes centrales

³⁴ Anette Wiewiorka, «1992. Réflexions sur une commémoration», *Annales ESC*, 48 (3), 1993, págs. 703-714; Julio Aróstegui, «Retos de la memoria y trabajos de la historia», *Pasado y memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 3, 2004, edición electrónica: <http://publicaciones.ua.es/filespubli/pdf/15793311RD3889446.pdf>.

³⁵ *Les lieux de mémoire*, 3 vols., París, Quarto Gallimard 1997 [1ª ed. 1984-1992, 7 vols.].

³⁶ Pierre Nora, «Les lieux de mémoire», transcripción de una entrevista radiofónica emitida en France Culture el 26 de abril de 1993, *Sciences Humaines*, 30, julio 1993; reed. en Jean-Claude Ruano-Borbalan (coord.), *op. cit.*, págs. 343-348 [la traducción de las citas es mía].

³⁷ «La France est malade de sa mémoire», *Le Monde* 2, 18 de febrero de 2006, págs. 20-27.

³⁸ Los paisajes constituyen uno de los focos de atención de la obra dirigida por Nora. En el caso de España, véase Nicolás Ortega, *Paisaje, memoria histórica e identidad nacional*, Madrid, UAM-Fundación Duques de Soria, 2004. La fuerza didáctica, además de simbólica, de muchos paisajes no se reduce a la esfera de lo político, como muestra el amplio desarrollo experimentado desde la crisis económica de los años 70 del siglo pasado por el concepto de *patrimonio* cultural e histórico, erigido en bastantes países en interdisciplinariedad académica y, a menudo, en motivo de demanda social de una protección pública que acumula graves carencias. La necesaria brevedad de estas páginas no deja espacio para tratar aquí con algo de detenimiento de esta problemática, enriquecida con ejemplos de *resultados* relevantes, pero también de algunos *espejismos*.

³⁹ Jacques Maurice subraya este «aspecto totalmente ignorado» en la obra aludida, en «¿Para qué recordar? Reflexiones sobre el actual momento-memoria en la vieja Europa», en Arón Cohen y Rafael G. Peinado (eds.), *Historia, historiografía y ciencias sociales*, Granada, EUG, 2007, págs. 177-185 (especialmente 181).

de la obra. Pero, entonces, la cuestión colonial, el anticolonialismo, la esclavitud, ¿no tienen *sitio* en esta memoria *de Francia?*, ¿no hay para ellos *lugares de memoria?*⁴⁰ La omisión es, qué duda cabe, significativa, y *por partida doble*. Recuérdese la observación de un Frantz Fanon: «Cada estatua, la de Faidherbe o la de Lyautey, la de Bugeaud o la del sargento Blandan, todos estos conquistadores encaramados sobre el suelo colonial no dejan de significar una misma y única cosa: “Estamos aquí por la fuerza de las bayonetas...” La frase puede completarse fácilmente»⁴¹.

Pierre Vidal-Naquet (fallecido en 2006) ejerció prolongadamente y reclamó de buen grado para sí la doble condición de «militante» y de historiador: militante en el sentido de asunción de un compromiso cívico, el de una tradición *dreyfusarde* que expresamente reivindicó con insistencia («Escribir el “J’accuse” no está al alcance de todo el mundo y yo no soy Zola, pero todos tenemos derecho a inspirarnos en él si la ocasión lo pide»), «sin renegar», sin «olvidar» su *oficio de historiador*; según su autodefinición, «un hombre apasionado que se compromete, desdoblado en un historiador que le vigila de cerca; en fin, que *debería* vigilarle de cerca»⁴². «Militante» por las causas que consideró justas: entre otras y muy señaladamente, contra la tortura y la guerra colonial en Argelia⁴³ y contra la operación de *los asesinos de la memoria* de una tragedia colectiva de la magnitud de la *Shoah*⁴⁴, que le enfrentó de la manera más directa desde su adolescencia a la *necesidad de saber*. Ante la disyuntiva «oposición»-«conjunción» entre memoria e historia, el problema para Vidal-Naquet radica en «ponerlas en *asociación*»⁴⁵, ya que los testimonios vividos son «insustituibles». A sabiendas de lo engañosa que puede ser la memoria y de que el testimonio de los testigos no es inmune al paso del tiempo, que «se modifica (...) y recibe los posos de lo

⁴⁰ Claude Liauzu (dir.), *Violence et colonisation: pour en finir avec les guerres de mémoire*, París, Syllepse, 2003, y *Colonisation: droit d’inventaire*, París, Armand Colin, 2004; Comité pour la mémoire de l’esclavage, *Mémoires de la traite négrière, de l’esclavage et de leurs abolitions*, París, La Découverte, 2005.

⁴¹ Frantz Fanon, *Les damnés de la terre*, París, Gallimard, 1991, pág. 116 [1ª ed. 1961; hay distintas trad. esp.; la traducción de la cita es mía].

⁴² Pierre Vidal-Naquet, *Mémoires. I. La brisure et l’attente, 1930-1955 y II. Le trouble et la lumière, 1955-1998*, París, Seuil/La Découverte, 1995 y 1998. Las referencias al carácter de su doble compromiso se reparten por los dos tomos: entre otras, vol. I, págs. 289-290; vol. II, págs. 116, 270-271 y 340 (de la última proceden las citas más largas que reproduzco; la traducción de éstas, igual que la de las que siguen, es mía).

⁴³ A la que consagró varios libros, empezando por *L’Affaire Audin*, París, Minuit, 1958 [*L’Affaire Audin 1957-1978*, París, Minuit, 1989].

⁴⁴ Pierre Vidal-Naquet, *Les assassins de la mémoire. «Un Eichmann de papier» et autres essais sur le révisionisme*, París, La Découverte, 1991 [1ª ed. 1987; reed. Seuil, col. Points Essais, 1995].

⁴⁵ «La réponse de Pierre Vidal-Naquet», en François Hartog, Pauline Schmitt-Pantel y Alain Schnapp, *Pierre Vidal-Naquet, un historien dans la cité (postface de Jean-Pierre Vernant)*, París, La Découverte, 2007, págs. 232-236 [1ª ed. 1998].

imaginario, de la mentira, de las ideologías, de las influencias de todo tipo, pero también puede poner de manifiesto dimensiones de la realidad que no eran percibidas como tales en el momento de los hechos»⁴⁶: trazas que se borran y «facetas extrañas» que se incorporan, como escribió Primo Levi en la última entrega de su trilogía sobre Auschwitz⁴⁷.

El testimonio vivido, como cualquier otro, no queda al margen de la crítica que el análisis histórico aplica a sus fuentes. Y, a la vez, puede ser un instrumento poderosísimo de esa crítica: al terminar la segunda guerra mundial, la memoria de los testigos fue un baluarte insoslayable contra el proyecto nazi de borrar las huellas de sus crímenes, y no ha dejado de serlo después contra cualquiera de las versiones de la ingeniería *negacionista*.

La eclosión de la memoria como objeto de una *especialización* historiográfica – *esencialmente política*, conviene subrayarlo– es un fenómeno reciente, que emerge a partir de los pasados años 80⁴⁸, pero los testigos fueron anteriores a su «era»: a finales de los años 50, los testimonios recogidos de supervivientes del genocidio judío rondaban los 18.000, según la estimación de Raul Hilberg⁴⁹. Muestra de su limitado eco inicial es el «extraño destino» de *Si esto es un hombre*, evocado por su autor al comienzo del apéndice que escribió en 1976 para una edición escolar, y que mantuvo en las posteriores: rechazado por algunas editoriales importantes italianas, un modesto editor realizó una única tirada de 2.500 ejemplares en 1947, pero la casa cerró y el libro quedó en el olvido hasta su rescate a partir de la reedición por Einaudi en 1958 y la intensa circulación que sólo empezará a tener algunos años después⁵⁰. Tal vez, concede Levi, porque en los años de la posguerra la gente buscaba más bien antídotos para recuerdos demasiado próximos. Apenas tuvieron mejor fortuna las primeras ediciones de *La extraña derrota*, publicado inicialmente en 1946 por el movimiento de la Resistencia francesa Franc-Tireur, después de la muy azarosa salvación del manuscrito de Marc Bloch. El salto de su difusión no llegó hasta 1990, con su edición de bolsillo en

⁴⁶ Pierre Vidal-Naquet, *Les Juifs, la mémoire et le présent*, 3 vols., París, La Découverte, 1991 (vols. I y II) y 1995 (III. *Réflexions sur le génocide*); cita t. III, pág. 221 [reed. en un vol. de los dos primeros tomos en Seuil, col. Points Essais, 1995; trad. esp., Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1996].

⁴⁷ *Los hundidos y los salvados*, Barcelona, El Aleph, 1989 [versión original en italiano, 1986].

⁴⁸ Enzo Traverso, *Le passé, modes d'emploi. Histoire, mémoire, politique*, París, La Fabrique, 2005.

⁴⁹ Citado por Lucette Valensi, *op. cit.*, pág. 494.

⁵⁰ He utilizado la traducción francesa de las ediciones Juillard (col. Pocket), 1998, pág. 189 [la primera versión francesa fue publicada en 1987, el año de la muerte de Levi]. Gran parte de la tirada original italiana quedó en un almacén de Florencia y sucumbió a las inundaciones de 1966: Tony Judt, «Trop de Shoah tue la Shoah», *Le Monde Diplomatique*, junio de 2008 (edición francesa), págs. 22-23.

la colección Folio de Gallimard⁵¹. Tuvo que esperar a que la historiografía (primero desde fuera de Francia) se abriera al estudio de los *desgarros* de la Ocupación y de la Francia de Vichy (antes de remontarse con la profundidad necesaria a su *preparación*⁵²). El *análisis histórico* puede revelarnos el significado de las *coyunturas intelectuales* (incluidas las *historiográficas*) y sus componentes (como parte de la «historia-materia» que son).

Esta misma capacidad se extiende a todos los usos públicos, en general, de la memoria y de la historia, en sus diversas vertientes y contenidos y *en sus dinámicas*:

1º) Empezando por la poderosa imaginaria de la personificación selectiva del *mal* que, bajo dirección estadounidense, se puso en pie al finalizar la segunda guerra mundial y que permitió, en paralelo, tantas *recuperaciones* discretas de celosos servidores de la *obediencia debida* y de expertos profesionales de la «contrainsurgencia» en más de un país europeo, reciclados como guardianes del *mundo libre* y del combate contra la subversión *comunista* en países de al menos tres continentes⁵³.

2º) Y, hasta donde es posible hacerlo, siguiendo el hilo hasta sus derroteros más recientes: desde la secuencia, a partir de los años 90 (del *fin de la historia*), de actos rituales de contrición y peticiones de *perdón* varios y más o menos sonoros (de la Iglesia, de la banca suiza, de algunas grandes empresas, por actitudes del periodo 1939-1945; del presidente de la República Francesa en 2001, por la esclavitud, etc.) –en algunos casos, contradichos por mensajes y gesticulaciones del último lustro–, hasta el avance en Europa, intensificado en los años más recientes, con el impulso de algunos de los gobiernos del antiguo bloque socialista, del proceso de *normalización* de una memoria anticomunista que, bajo el manto funcional de la amalgama *antitotalitaria*, se hace a menudo difícil de separar de lo que constituyen políticas sistemáticas de invisibilización y deslegitimación de la memoria antifascista en el continente...

⁵¹ Nota de los editores en *L'Histoire, la Guerre...*, *op. cit.*, págs. 520-521.

⁵² Sobre este punto, Annie Lacroix-Riz ha hecho dos aportaciones recientes fundamentales: *Le choix de la défaite. Les élites françaises dans les années 1930*, París, Armand Colin, 2007, y *De Munich à Vichy. L'assassinat de la Troisième République, 1938-1940*, París, Armand Colin, 2008.

⁵³ A modo de ejemplo, puede consultarse el libro del testigo Gustavo A. Sánchez Salazar (viceministro de Interior boliviano durante una etapa del gobierno de Siles Suazo) y Elisabeth Reimann, *Klauss Barbie en Bolivia, criminal hasta el fin*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1988. La Alemania nazi no tuvo la exclusiva como proveedora de esta clase expertos. Algunos de los empleados por Francia en Argelia, por ejemplo, encontraron otros horizontes donde crear escuela; en algún caso, hasta han publicado recientemente testimonio de ello: lo recuerda Henri Alleg en *Retour sur «La Question»*. *Entretiens avec Gilles Martin*, Bruselas, Aden, 2006.

últimamente, además, en un contexto de destrucción masiva de puestos de trabajo y de tensiones sociales rampantes⁵⁴.

Pero no todo es novedoso en este fenómeno de antagonismos sociopolíticos *actuales* (aunque tengan detrás una larga *historia*), ni en sus manifestaciones o implicaciones historiográficas⁵⁵. En este último ámbito, el *revisionismo*, desde muy pronto, no ha sido un fenómeno circunscrito a Alemania. En Francia, sin ir más lejos, hasta Vidal-Naquet, que tanto y tantas distancias se preocupó de marcar con los comunistas, no disimuló un cierto asombro ante un episodio como el crédito otorgado por poderosos colegas, insignes *desilusionados del pasado*, a una fabricación periodística «de baja prensa», en 1993, contra el primer presidente del Consejo Nacional de la Resistencia, torturado hasta la muerte en julio de 1943 por la Gestapo de Barbie. Eran ya derivas de la «equiparación de comunistas y nazis, como está de moda desde hace algunos años»⁵⁶.

En este punto, un retorno a Primo Levi puede servir, de un lado, para traer retrospectivamente algunos elementos de reflexión necesarios y, de otro, para proyectarlos hacia otros problemas de hoy (y otras «guerras de memoria»). Sobra insistir aquí en el valor y la fuerza de su testimonio como contribución documental *para* el conocimiento de una de las realidades trascendentales de la historia del siglo XX. Ahora bien, la clave de su propósito y de su enfoque podría caracterizarse como fundamentalmente *microsociológica* y sociopsicológica, dentro de su condición autobiográfica: como explica en el prefacio de su primer libro, el de la evocación cercana a los hechos, fechado en enero de 1947, sus páginas eran «documentos para un estudio despasionado del alma humana»⁵⁷, testimonio vivido de «un gigantesco experimento biológico y social» (p. 93). En el apéndice incorporado al libro en 1976, con sus respuestas a las preguntas que solían hacerle, explicita su recurso «al lenguaje sobrio y comedido del testigo, más que al patético de la víctima o a la vehemencia del vengador» (p. 191); un testimonio que sugiere la precisión del químico que era Levi y la

⁵⁴ La resolución del Parlamento Europeo denominada «Conciencia europea y totalitarismo» (marzo de 2009) es el jalón más reciente. Como uno de los incontables ejemplos de la actualidad de esta iconoclastia civil institucionalizada, puede mencionarse el visto bueno dado por el *Land* de Brandemburgo a la demolición del memorial de Ernst Thelma en la zona sur de Berlín.

⁵⁵ Baste pensar en la «controversia de los historiadores» en Alemania, a mediados de los años 80. Traducciones al francés: VV. AA., *Devant l'histoire*, París, Cerf, 1988 y Gernot Erler *et al.*, *L'Histoire escamotée. Les tentatives de liquidation du passé nazi en Allemagne (Préface d'André Gisselbrecht)*, París, La Découverte, 1988 [ediciones originales en alemán, 1987]. También: Karl H. Roth, «Revisionist Tendencies in Historical Research into German Fascism», *International Review of Social History*, 30 (3), 1994, págs. 428-455.

⁵⁶ *Mémoires II...*, *op. cit.*, págs. 342-343, y *Le trait empoisonné. Réflexions sur l'affaire Jean Moulin*, París, La Découverte, 1993.

⁵⁷ Todas las citas son traducciones de la edición francesa (*Si c'est un homme*) mencionada en la nota 50.

pulcritud seca de una prueba pericial «practicada» a conciencia. Los suyos, añade, «no son libros de historia» (p. 201). Lo que no impide que en sus reflexiones del mismo apéndice se manifiesten elementos claros de *historización*. Interpelado sobre *los campos* en la Unión Soviética (pp. 201-203), su rechazo moral y político no admite dudas, pero no pasaba por alto las «importantes diferencias» que observaba entre lo que se podía leer y oír sobre ellos (que no era precisamente poco en aquellos años) y los *Lager* de su testimonio: la «principal», ya que de ella en gran parte se derivaban las otras, concernía a «los fines», pues los nazis perseguían no sólo reprimir a sus oponentes, sino «borrar de la faz de la tierra a pueblos enteros con sus culturas». Así, «resulta posible, y hasta sencillo, imaginar un socialismo sin campos», pero un «nazismo sin Lager no es concebible». Éste último supone la eliminación de «pueblos enteros» *en razón de lo que son* o de *sus orígenes*, independientemente de *lo que hagan* individualmente las personas y socialmente las clases.

Por otra parte, Primo Levi aborda la delicada cuestión de los límites entre *comprensión* y *justificación*. El odio nazi puede escapar a nuestra comprensión, «pero podemos y debemos comprender de dónde nace, y estar en guardia» (p. 211). Los supervivientes con «una educación política, una convicción religiosa o una fuerte conciencia moral (...) no quieren olvidar, y sobre todo no quieren que el mundo olvide, pues han comprendido (...) que los Lager no fueron un accidente, un imprevisto de la historia (...); el fascismo existía desde antes de Hitler y Mussolini, y ha sobrevivido, abiertamente o bajo formas disimuladas, a la derrota de la Segunda Guerra mundial» (p. 200). En fin, aunque existen los «monstruos», «los más peligrosos [porque son muchos más] son los hombres ordinarios, los funcionarios dispuestos a creer y a obedecer sin discutir, como Eichmann, como Höss, el comandante de Auschwitz, como Stangl, el comandante de Treblinka, como, veinte años después, los militares franceses que mataron en Argelia, y como, treinta años después, los militares americanos que mataron en Vietnam» (p. 212). Hombres ordinarios... y (un *pensamiento histórico* añadiría) en una cierta *dinámica de las estructuras*.

Es verdad que el propio Levi, diez años después de publicar su apéndice, en la conclusión de *Los hundidos y los salvados*, mencionó otros casos de destrucciones más recientes. En 2009, una actualización seguiría siendo muy necesaria... Lo importante es llegar a distinguir entre la *singularidad* de unos hechos y el verdadero *alcance* de unos *mecanismos* sociales, sin referencia a los cuales esos hechos resultan inexplicables. Un análisis histórico no establece jerarquías entre víctimas ni puede contribuir a la

competencia entre ellas⁵⁸. Los judíos no fueron las únicas víctimas del nazismo, y cualquier pretendido consenso historiográfico sobre ese periodo que se limitara estrictamente a la *Shoah* y, al mismo tiempo, dejara de lado otros *hechos de masas* como las contradicciones económicas y políticas entre imperialismos, las crisis sociales y la confrontación entre fascismo y antifascismo, debería dar pie, más que nada, a preguntarse por la coyuntura intelectual y política en la que tal imagen de consenso se habría construido.

Aunque es indiscutible que algunos pueblos acumulan sufrimientos que permiten designarlos como «víctimas de la historia»⁵⁹, no es menos cierto que esta condición, como la de victimario, no forma parte de ninguna esencia exclusiva e inmutable de pueblo alguno, y que toda pretensión que vaya en este sentido no puede ser más que ideológica. Fechar las inflexiones de este tipo de ideología e intentar explicarlas sí entra en las funciones de un análisis histórico. La actualidad nos muestra insistentemente el peso (movilizador, justificador o deslegitimador, según los casos) que tienen las «batallas de memoria» relacionadas con el conflicto israelí-palestino y sus repercusiones dentro y fuera del área de Oriente Medio. Por parte de los dirigentes israelíes y de quienes les defienden en Occidente, recurso, convertido en *masivo*⁶⁰, a la *memoria* del sufrimiento judío para amparar la larga serie de brutalidades cometidas contra los palestinos y la obstinación en negarles su plena existencia política como pueblo. Por otra parte, más recientemente, en determinados polos del mundo musulmán, al hilo de una solidaridad moral masiva con la resistencia a la ocupación israelí, manifestaciones, aparentemente limitadas pero recurrentes (y con fuerte resonancia mediática en Occidente), de una *negación* (la de la *Shoah*) *históricamente* cargada de significado.

Pero la *historia contemporánea* de estas «guerras de memoria» es más larga. A los esfuerzos de algunos historiadores palestinos por estudiar y dar a conocer la *Nakba*, la catástrofe que para su pueblo supuso la expulsión de casas y tierras de cientos de miles de personas, se han sumado, con mayor intensidad en la última década, los de algunos historiadores israelíes cuyos trabajos afrontan, en medio de no pocas dificultades, la crítica de la *historia* oficial vehiculada por la ideología sionista. Uno de ellos, Ilan

⁵⁸ En esta dirección, en relación con el debate sobre «la singularidad de Auschwitz», aportaciones recientes en los trabajos antes citados de E. Traverso y T. Judt.

⁵⁹ Pierre Vidal-Naquet, *Mémoires II...*, *op. cit.*, págs. 356-357.

⁶⁰ Contrariamente al rechazo del pasado de catástrofe (visto como la prueba de una debilidad que el Estado de Israel debía superar) que caracteriza al primer proyecto de construcción de una *identidad* de los dirigentes israelíes: Idith Zertal, *Israel's Holocaust and the Politics of Nationhood*, Nueva York, Cambridge University Press, 2005 (cit. por T. Judt).

Pappé, ha consagrado un libro reciente a «explorar tanto los mecanismos de la limpieza étnica de 1948, como el sistema cognitivo que permitió al mundo olvidar (y a los perpetradores negar) el crimen que el movimiento sionista cometió contra el pueblo palestino»⁶¹.

Con la expresión «limpieza étnica», Pappé acude, a modo de guión comparativo explícito, a los acontecimientos de la antigua Yugoslavia en los años 90, utilizando, entre otras referencias, pronunciamientos de la ONU y de la OTAN. Hay que decir que no hay, por parte de Pappé, ninguna alusión al papel que jugaran las potencias occidentales en la desintegración de Yugoslavia, uno de los componentes de esta crisis que peor conocemos todavía, aunque no sea menor, a juzgar por los datos que son del dominio público.

Lo que nos muestra Pappé en su libro, apoyándose en documentación inédita de distintos archivos israelíes y en informaciones recogidas de publicaciones anteriores, es cómo el programa de «ocupación, destrucción y expulsión» (del que las masacres repetidas son instrumento y consecuencia), en el que se concreta la «limpieza étnica» de la mayor parte del territorio que estaba bajo el Mandato británico, fue ultimado y aplicado sistemáticamente por los dirigentes sionistas casi inmediatamente después de que la ONU adoptara (el 29 de noviembre de 1947) la resolución sobre la partición de Palestina. En la misma lógica se inscriben la destrucción, en el territorio y en los relatos públicos, de huellas de la presencia de los pobladores tradicionales, a la que el autor se refiere como un «memoricidio», y el empleo de «académicos sionistas» en una obsesiva «búsqueda de continuidades» que permitía presentar cada aldea ocupada y vaciada o «despejada» de sus moradores árabes como «“legítimamente devuelta” al pueblo judío»⁶².

Desde este cruce infernal de historia y memorias, la *prospección* de Ilan Pappé no atisba un horizonte de paz sin un reconocimiento de los palestinos «como víctimas de un mal *persistente*, que Israel les inflige de forma consciente». Y ese reconocimiento «por parte de los judíos israelíes socavaría, como es lógico, su propio estatus de víctimas». Equivaldría a aceptar «que se han convertido en la imagen especular de su peor pesadilla»⁶³. En 1948, eran soldados israelíes los que esgrimían que «obedecían

⁶¹ Ilan Pappé, *La limpieza étnica de Pelestina*, Barcelona, Crítica, 2008, pág. 15 [versión original en inglés, 2006].

⁶² *Ibid.* pág. 220.

⁶³ *Ibid.* pág. 322.

órdenes» cuando expulsaban a las gentes de sus barrios y aldeas⁶⁴. En 1950 se creó la Agencia de Naciones Unidas para los Refugiados Palestinos en Oriente Próximo (UNRWA), para que no se ocupara de ellos el mismo organismo que ayudaba a los refugiados judíos europeos después de la guerra mundial (la Organización Internacional para los Refugiados)⁶⁵.

Es comprensible que los dirigentes israelíes soporten mal los paralelismos que en medios (y desde discursos políticos) diversos se establecen entre su política de asedio a la población palestina y los crímenes de la Alemania nazi. El exterminio a escala *industrial* llevado a cabo por ésta sigue fijando un hito histórico singular en Occidente. Pero el racismo, la segregación organizada, la negación de derechos básicos en función de «orígenes» o «pertenencias», el terrorismo de Estado y la asfixia del gueto fueron la antesala de la barbarie. Hoy, a más de uno *Gaza 2009* le hace evocar *Guernica 1937*. Un discurso justificador de cualquier práctica de este tipo que pretenda escudarse, incluso implícitamente, en la memoria de las víctimas de ayer, corre un riesgo altísimo de acercarse a la *banalización* de los crímenes nazis, que sigue siendo el propósito del *negacionismo* «histórico». Una destrucción (y su negación) se retroalimenta con la otra sin confundirse con ella.

* * * * *

El caso de España, muy especialmente en lo que respecta a la guerra de 1936-39 y a sus largas secuelas, ofrece un ejemplo de otro tipo de encuentros y desencuentros recientes entre «historia» y «memoria». Una fecunda historiografía española lleva más de dos decenios aportando desarrollos y esclarecimientos extraordinariamente relevantes sobre las crudas realidades de la guerra civil y la larga posguerra. Sus contribuciones contrastan con las miserias de un «nuevo» revisionismo sin mérito académico, pero con fuerte respaldo mediático. Por otro lado, desde la segunda mitad de los pasados años 90, la «memoria histórica» relacionada con aquel periodo irrumpió en el debate político y fue ganando una presencia en la historiografía española que no ha dejado de agrandarse desde entonces⁶⁶. Un movimiento social «por la recuperación de la memoria histórica»

⁶⁴ *Ibid.* págs. 276-277.

⁶⁵ *Ibid.* pág. 310.

⁶⁶ Como síntesis de esta problemática, remito al artículo ya citado de Pedro Ruiz Torres. En palabras de este historiador: «[la investigación histórica ha] descubierto una problemática nueva, la de los discursos y políticas del pasado próximo y traumático con vistas a la acción en el presente: políticas del Estado o de ciertos grupos sociales, mitos y leyendas, culturas políticas, ideologías, realidades (...) Sin embargo, el modo individual y colectivo, múltiple y cambiante, de recordar los hechos calificados de históricos,

ha rescatado para la actualidad las ejecuciones masivas y sistemáticas llevadas a cabo por los vencedores durante y después de la guerra, los muchísimos miles de desaparecidos, los centenares de enterramientos clandestinos, las decenas de miles de niños robados y el alto coste pagado por los antifascistas españoles durante cuatro décadas. El desarrollo de las acciones de este movimiento conllevó una intensificación del debate en las instituciones a propósito del reconocimiento de las víctimas, que había sido muy corto durante los sucesivos gobiernos de Felipe González. A su vez, la traducción institucional, concretada por ahora en la Ley conocida como «de la Memoria Histórica»⁶⁷, está lejos de haber cerrado la controversia. De un lado, sus insuficiencias resultan muy patentes para satisfacer las reivindicaciones (rehabilitación jurídica de víctimas y represaliados remitida a la complicada senda de la tramitación individual por ellos mismos o sus allegados, excepciones a la retirada de huellas públicas de exaltación de los artífices de la conspiración contra la República y en honor de los «caídos por Dios y por España»...). Por otro lado, la derecha española, que se opuso a la Ley, ha visto en ella la ruptura con «el-consenso-de-la-transición», lo que quiere decir con unos límites que quisiera inamovibles y que, en algunos medios afines, muy abiertamente, se ven incluso insuficientes para preservar una *esencia* de España de la que se siguen considerando intérpretes exclusivos.

«Retorno de lo reprimido» (J. Maurice), relevo «generacional» de memorias (J. Aróstegui)... La problemática en torno a la «memoria histórica» es sobre todo política. En todo caso, remite a una historia más reciente que debe abrirse paso, la de *la transición*, con modos de cuestionamiento y requisitos que no serán los mismos que los de las reconstrucciones periodísticas o de las *testimoniales* (autojustificativas, en mayor o menor medida) de quienes integraron las élites políticas del proceso⁶⁸.

resulta mucho más difícil de investigar (...) En gran medida todavía está pendiente» (pág. 319). Véase también la reflexión de Jacques Maurice, «Reavivar las memorias, fortalecer la historia», en Marie-Claude Chaput y Thomas Gomez (dirs.), *Histoire et Mémoire de la Seconde République Espagnole. Hommage à Jacques Maurice, Actes du Colloque International des 29, 30 et 31 mars 2001*, Nanterre, Université Paris X, 2002, págs. 475-488. Para profundizar en la diferencia de posiciones y enfoques en la historiografía, junto al dossier de *Hispania Nova*, 2006 y 2007 (cfr. nota 33): Santos Juliá (dir.), *Memoria de la guerra y del franquismo*, Madrid, Taurus, 2006; Francisco Espinosa, *Contra el olvido. Historia y memoria de la guerra civil*, Barcelona, Crítica, 2006; Julio Aróstegui y François Godicheau (eds.), *Guerra Civil. Mito y Memoria*, Madrid, Marcial Pons, 2006.

⁶⁷ Ley 52/2007 de 26 de diciembre por la que se reconocen y amplían derechos y se establecen medidas a favor de quienes padecieron persecución o violencia durante la guerra civil y la dictadura.

⁶⁸ Sin perjuicio de lo revelador que puede ser un cotejo minucioso de (y entre) algunas de estas «memorias», como ilustra, por ejemplo, el ejercicio realizado por Josep Fontana en relación con algunos hechos del 36: «Febrero de 1936: la invención de la memoria», en Ricardo Robledo (coord.), *Filiberto Villalobos y su tiempo histórico, 1900-1955*, Salamanca, Cajaduro, 2005, págs. 409-421.

Hace poco, el alcalde (miembro del Partido Socialista) de una importante ciudad española decidió cambiar el nombre de una calle hasta ahora dedicada a un general sublevado en 1936 por el del fundador del Opus Dei, *en aplicación de la Ley de Memoria Histórica*. ¿Invitación a una memoria *consensual* o al olvido? Quizás el gesto expresara un deseo de «empate». Pero detrás de los nombres y los contextos no deja de haber una *historia*. Con palabras de Josep Fontana: «Una cosa es renunciar a la venganza, como debe hacerse, y otra muy distinta promover el olvido», lo que, además de «una injusticia», es «un error»⁶⁹.

3. A modo de epílogo: testimonios de historiadores

Termino volviendo muy brevemente a dos maestros franceses muy presentes en estas páginas. Podría decirse que todo historiador es, de una forma o de otra, un testigo de su tiempo. Marc Bloch y Pierre Vilar se encuentran, además, entre aquéllos que *conscientemente* afrontaron el reto de dejarnos sus testimonios sobre tramos concretos de su época. Testimonio «fresco», como ya se ha dicho, el del primero en *L'Étrange défaite*, el *atestado* (o *acta*: «procès-verbal») que levantó sobre (y en torno a) el año 1940 en Francia; en el segundo caso, «reflexiones y recuerdos» de un Vilar octogenario sobre un periodo que se extiende entre el «gran resplandor al Este» y la segunda guerra mundial (incluidos sus cinco años de cautiverio)⁷⁰. Así pues, dos *tiempos* del trabajo de memoria con cronologías que se solapan, a cargo de estos dos exponentes mayúsculos de dos generaciones historiográficas, testigos individuales de experiencias colectivas cargadas de lecciones.

Después de *presentarse* (los «ojos» con los que vio: su emplazamiento respecto a los hechos que se propone relatar), el testigo Marc Bloch, expone su «declaración de un vencido» (combinando información recabada directamente y de otras fuentes), antes de pasar al «examen de conciencia de un francés», un análisis ordenado de la sociedad francesa, según las clases y los medios sociales, y de sus actitudes, intentando *comprender*, hasta donde podía hacerlo en ese momento, las razones de la situación. La diferencia de estatutos entre historia y memoria se vuelve enteramente artificial ante lo

⁶⁹ Prólogo al libro de Francisco Espinosa, *La columna de la muerte. El avance del ejército franquista de Sevilla a Badajoz*, Barcelona, Crítica, 2003, págs. IX-XIV (cit. XIV).

⁷⁰ La mayor parte del volumen (Segunda parte: «Historia e identidad. Una experiencia») se compone de la transcripción (realizada y minuciosamente anotada por Rosa Congost) de la grabación magnetofónica que Vilar efectuó durante un mes y medio de 1994. La pérdida de la visión en 1991 le había obligado a interrumpir la redacción emprendida para un primer proyecto; de ella procede la treintena de páginas que integran la primera parte del libro («Lo común y lo sagrado»): cfr. Pierre Vilar, *Pensar históricamente...*, *op. cit.*, «Introducción», págs. 7-13.

que Jacques Le Goff ha destacado como una «extraordinaria capacidad [de Marc Bloch] de transformar su vivencia presente en reflexión histórica»⁷¹. Reflexión indisociable de la crítica:

Pertenezco a una generación que tiene mala conciencia (...) No nos atrevimos a ser, en la plaza pública, la voz que grita, al principio en el desierto, pero que al menos, sea cual sea su suerte al final, siempre tendrá el consuelo de haber voceado su credo. Preferimos recluirnos en la tranquilidad timorata de nuestros talleres. ¡Ojalá que nuestros menores puedan perdonarnos la sangre que tiñe nuestras manos!⁷².

Su hijo Étienne puede exclamar con toda razón: «¡Qué redención (...) la de su total compromiso con la Resistencia!»⁷³

Pierre Vilar, por su parte, reconoce el parecido de su ejercicio con lo que Pierre Nora había designado «egohistoria»⁷⁴: la suya es una reflexión «en voz alta sobre algunas cuestiones que me han sido planteadas –y que yo mismo me he planteado– a lo largo de mi vida»⁷⁵. La singularidad de la *fuentes* es el único rasgo distintivo de este libro postrero en la obra de Vilar. En esta ocasión son sus propios recuerdos los que el historiador moviliza al servicio de un modo de *pensar* los problemas humanos que Vilar había adoptado muy pronto y que no dejó de enriquecer a lo largo de su dilatado oficio⁷⁶. ¿«Hiperhistorización» de su «personaje»⁷⁷? El «reproche» no podía serlo para un Pierre Vilar que en un texto de 1987 recordaba, divertido, su respuesta al que oyó, en los años 60, de labios de Nikos Poulantzas, de «caer en el historicismo»⁷⁸.

Ciñéndose a un guión preciso (a la vez cronológico y temático –o *problemático*–) para autocuestionarse, y al hilo de su recorrido biográfico, Vilar reflexiona a partir de los signos de distinto contenido y calado rescatados por su evocación, deteniéndose con insistencia en sus retrasos de comprensión: «no haber sabido» detectar antes las

⁷¹ Cfr. supra, nota 4.

⁷² Marc Bloch, *L'Étrange...*, *op. cit.*, págs. 202-204 [la traducción es mía].

⁷³ Étienne Bloch, «Marc Bloch, actor y testigo de su tiempo», en A. Cohen y R. G. Peinado (eds.), *op. cit.*, págs. 231-241 (cita pág. 241).

⁷⁴ Pierre Nora (dir.), *Essais d'égo-histoire*, París, Gallimard, 1987.

⁷⁵ Pierre Vilar, *Pensar...*, *op. cit.*, pág. 8.

⁷⁶ Mis comentarios resumen los recogidos en Arón Cohen, «Une mémoire d'historien: *pensar históricamente* de Pierre Vilar», en Marie-Claude Chaput y Jacques Maurice (dirs.), *Espagne XX^e siècle. Histoire et Mémoire, Regards/4*, Nanterre, Université Paris X, 2001, págs. 23-33.

⁷⁷ Justo Serna, «La egohistoria de Pierre Vilar», *Claves de la Razón Práctica*, 95, septiembre 1999, págs. 90-94. Véase también la réplica de Pablo F. Luna en la misma revista, 104, julio-agosto 2000.

⁷⁸ «¿Que “caigo en el historicismo?” ¿Cómo podría “caer” en él? Yo nado en él, vivo en él, respiro en él. ¡Pensar al margen de la historia me resultaría tan imposible como a un pez vivir fuera del agua!». Cfr. *Memoria, historia...*, *op. cit.*, págs. 68-69.

pistas anunciadoras de hechos trascendentales o extraer todas las consecuencias de las que percibió. La autocrítica, severa, es, también en este caso, ejercicio de *análisis* histórico. A nadie debería extrañar que Pierre Vilar diga de Marc Bloch que «es el hombre que, entre los de la generación anterior a la mía, me ha inspirado mayor admiración intelectual y mayor veneración moral»⁷⁹.

Con los recuerdos de la guerra y del cautiverio, la reflexión de Vilar alcanza de lleno el *horror*: punto culminante del entrecruzamiento entre lucha de clases y lucha de grupos y aplicación extrema de la «lógica de su imaginario». «Si las *causalidades diabólicas* podían engendrar Auschwitz, la conciencia del *buen derecho* justificaría Hiroshima». La constatación se impone: «La evolución de la humanidad no ha conllevado, de momento, una adecuación de la ciencia a la moral»⁸⁰. De momento, recalcó Vilar en 1994. Hasta cierto punto, recuerda la respuesta a su captor alemán en 1940: «En historia, señor coronel, ¿hay derrotas definitivas?»⁸¹

¿Apelación a la *memoria*? Sí, desde luego, pero sobre todo a *pensar históricamente*.

Guía de lecturas:

- ARÓSTEGUI, Julio (2004), «Retos de la memoria y trabajos de la historia», *Pasado y memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 3, edición electrónica: <http://publicaciones.ua.es/filespubli/pdf/15793311RD3889446.pdf>.
- BLOCH, Marc (2006), *L'Histoire, la Guerre, la Résistance* [edición a cargo de Anette Becker y Étienne Bloch], París, Quarto Gallimard.
- HALBWACHS, Maurice (2004), *La memoria colectiva*, Zaragoza, Prensas Universitarias.
- NORA, Pierre dir. (1997), *Les lieux de mémoire*, 3 vols., París, Quarto Gallimard.
- RUIZ TORRES, Pedro (2007), «Los discursos de la memoria histórica en España», *Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea*, 7, págs. 305-333, acceso electrónico: <http://hispanianova.rediris.es>.

⁷⁹ *Pensar...*, *op. cit.*, págs. 158-159.

⁸⁰ *Ibid.*, pág. 153.

⁸¹ Pierre Vilar lo evocó en 1946, en su discurso de clausura del curso en el Instituto Francés de Barcelona. El texto íntegro en francés, en: http://atelierpierrevilar.net/assets/files/PVILAR_Discours_1946.pdf.

- TRAVERSO, Enzo (2005), *Le passé, modes d'emploi. Histoire, mémoire, politique*, París, La Fabrique.
- VIDAL-NAQUET, Pierre (1995-1998), *Mémoires. I. La brisure et l'attente, 1930-1955 y II. Le trouble et la lumière, 1955-1998*, París, Seuil/La Découverte.
- VILAR, Pierre (1980), *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*, Barcelona, Crítica, 1980.
- (1997), *Pensar históricamente. Reflexiones y recuerdos* [edición preparada y anotada por Rosa Congost], Barcelona, Crítica.
- (2004), *Memoria, historia e historiadores* [traducción y edición de Arón Cohen], Granada/Valencia, EUG/PUV.
- WIEVIORKA, Anette (1998), *L'ère du témoin*, París, Plon.